

SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

Silveria R. de Rodríguez Demorizi



CIELO NARANJA

Primera edición: Imprenta López, de Buenos Aires, Argentina en 1944,
bajo el cuidado de Pedro Henríquez Ureña.

ANTECEDENTES¹

Salomé Ureña, la más insigne de nuestras poetisas, descendía de dos familias dominicanas muy antiguas: la familia Ureña y la familia Díaz. Ambas eran familias empobrecidas a causa de las vicisitudes de la Isla de Santo Domingo. Todos los antecesores de Salomé que se recuerdan eran dominicanos, excepto unos que vinieron de Canarias en el siglo XVIII. Quizás los Ureña procedían de Santiago de los Caballeros, donde todavía es muy común el apellido.

Francisco Ureña, padre de Nicolás Ureña de Mendoza, era hijo de Carlos de Ureña y de Catalina Mañón, perteneciente a una familia que había sido rica. Se casó con Ramona de Mendoza (hija de Josefa Valerio de Mendoza), natural de Santiago de los Caballeros. Francisco Ureña era dueño de una buena casa de altos, situada en la calle de las Mercedes, entre la del Estudio y la de los Mártires, hoy calle Hostos y calle Duarte, respectivamente. Era hombre de mucho estudio y gran religiosidad. Cuando se sintió morir, se confesó extensamente, y su hijo Nicolás oyó al sacerdote que acababa de confesarlo, Dr. José María Bobadilla, decir en una reunión adonde llegó, sin saber que allí estaba el hijo del moribundo: “He confesado a un teólogo”. A su muerte, Francisco Ureña dejó cuatro hijos; éstos han dejado descendencia, pero poco numerosa.

Nicolás Ureña de Mendoza, padre de Salomé, nació el 25 de marzo de 1822, en la casa número 37 de la calle Mercedes. Fué un

¹ Este trabajo fué escrito a solicitud de la Unión Panamericana de Washington. Se publicó un extracto en el *Boletín* de dicha institución, en abril de 1942. En su preparación aprovechamos, además de las obras citadas, notas manuscritas del Dr. Pedro Henríquez Ureña, así como noticias verbales que nos comunicó en Cambridge, Massachusetts, en 1941.

hombre de espíritu elevado y gran cultura. Desde muy niño comenzó a escribir versos.

Fué poeta, abogado de buena reputación, ocupó cargos de senador y de magistrado y se dedicó al magisterio y al periodismo. Como periodista colaboró en *La Española Libre* (1851), en *El Porvenir* (1854), en *El Oasis* (1855), y fundó *El Progreso* (1853). Tuvo una vida fecunda y abarcó todos los aspectos de la vida cultural en Santo Domingo. Entre sus poesías están *Un guajiro predilecto*, *Recuerdos de la Patria*, *A Sánchez*. Escribió canciones como *Las serranas*, romancillos de Navidad que llamó *pastorelas*, y poesías de asuntos religiosos. Se complacía en componer epigramas y dejó una serie con el título de *Epitafios*. Cultivó también la oratoria. Murió el 3 de abril de 1875 en la misma casa en que nació².

Gregoria Díaz y León (nació el 25 de diciembre de 1819 y murió en 1914), la madre de Salomé, era hija de Pedro Díaz y Castro, hombre de grandes negocios, que tuvo hatos y muchas tierras en el Este. Pedro Díaz (tenía entonces más de sesenta años) estuvo en la Puerta del Conde, en el acto de proclamación de la República, el 27 de febrero de 1844, acompañado de sus hijos Juan de Dios y Victoriano.³ Era hijo de Ignacio Díaz y de Teresa de Castro, hija de Josefa Mañón, hermana de Catalina, la abuela

² Acerca de Nicolás Ureña, véase Emilio Rodríguez Demorizi, *Poesía popular dominicana*, Ciudad Trujillo, 1939, vol. I, pág. 215.

³ Pedro Díaz firmó el Acta de la Separación Dominicana, del 16 de enero de 1844. En una carta de Ramona Ureña a su sobrino Pedro Henríquez Ureña, del 15 de octubre de 1913, en que le habla de sus antepasados, dice: “Teresa Fajardo, madre de Domingo de León; éste casado con María Florentina de la Concha, padre de Teresa de León, su madre [de Gregoria Díaz y León]. Gaspar Díaz, padre de Ignacio Díaz, que casó con Teresa de Castro y fué padre de Pedro Díaz, su padre [de Gregoria Díaz y León]. Nicolás Ureña; abuelas: Catalina Mañón y Josefa Valerio, madre de Ramona de Mendoza [madre de Nicolás Ureña]”. Estos datos genealógicos están sujetos a comprobaciones necesarias, en los registros del estado civil de Santo Domingo.

paterna de Francisco Ureña.⁴ Pedro Díaz se casó con Teresa de León, hija de Domingo de León y Fajardo, quien llegó a Santo Domingo entre 1760 y 1770, de Canarias, con su madre viuda, Teresa Fajardo; Domingo de León y Fajardo se casó con María Florentina de la Concha y Hurtado de Mendoza, dominicana. Por el lado materno los parientes de Salomé Ureña eran más numerosos que por la rama paterna.

De una hermana de Teresa de León, Beatriz, descienden los Contín, los Sánchez Guerrero y los Herrera. De una hermana de Pedro Díaz, Gregoria Díaz de Peláez, descienden los Echenique Peláez, los Marchena Peláez (entre éstos Eugenio Generoso de Marchena, el hacendista y político que fué víctima de Heureaux cuando aspiraba a la presidencia de la República) y los López Penha.

Nicolás Ureña de Mendoza y Gregoria Díaz de León, padres de Salomé, celebraron sus nupcias en la ciudad de Santo Domingo el 25 de diciembre de 1847. Hicieron hogar de la casa número 37 de La calle Mercedes. De esa unión nació Salomé Ureña y Díaz.

NACIMIENTO Y SACERDOCIO.

Salomé Ureña fué poeta, maestra y madre.

Fué poeta y puede colocarse en el Parnaso de América junto a la Avellaneda y a Sor Juana Inés de la Cruz.

Se consagró al magisterio y ofrendó a su patria al más brillante grupo de maestras.

Fué madre y le dio a su Patria hijos eminentes.

Fué, como dice Hostos, “una sacerdotisa en el aula, una pitonisa en el arte, un mentor en el hogar”.

⁴ Francisco y Buenaventura Ureña Hernández pertenecen a la misma familia. El padre de éstos, Buenaventura Ureña, murió en Santo Domingo el 15 de febrero de 1889.

En ese triple aspecto debe contemplarse a esta mujer que fué una de las figuras más altas de la América.

Salomé Ureña nació en la antigua ciudad de Santo Domingo, capital de la República Dominicana, el viernes 21 de octubre de 1850, a las 6 de la mañana, en el barrio de Santa Bárbara, antiguo solar de buenas familias, en la casa de su abuela materna, hoy número 84 de la calle Isabel la Católica, junto a la casa de Juan Pablo Duarte. El Dr. Pedro Delgado, famoso en el país como médico y como benefactor, y Ana Díaz León, “la segunda madre en el hogar”, fueron sus padrinos.⁵

La ciudad de su nacimiento era pequeña y tenía acentuado aspecto colonial; estaba rodeada de murallas con foso hacia el campo, y las puertas se cerraban como en el siglo XVI: por lo menos la Puerta del Conde de Peñalba. Muchos edificios estaban en ruinas, esas ruinas que la poetisa había de cantar en 1876: la Universidad de los dominicos, el Estudio que había sido Universidad de Santiago de la Paz, el convento de San Francisco, el de la Merced, la iglesia de San Antón, la iglesia de San Nicolás, el convento de Regina Angelorum, el palacio del Virrey Almirante Diego Colón, muchas casas particulares. Como los edificios, las familias estaban también arruinadas. Largos años de emigración continua habían empobrecido la ciudad.

El nacimiento de Salomé Ureña ocurrió poco después de la fundación de la República, durante el primer gobierno de Báez; creció en un ambiente de discordias, entre mil luchas intestinas. Por lo mismo que vivió en una época de tanta agitación, de tan incesantes perturbaciones en el pueblo dominicano, su alma se agrandó con el dolor y se hizo fuerte.

Salomé tuvo una niñez muy precoz. Su madre la enseñó a leer: a los cuatro años leía de corrido. Su infancia discurrió en las aulas

⁵ Su única hermana, Ramona, nació el 25 de octubre de 1848 y murió en Santiago de Cuba en 1936. Ana Díaz nació en 1812 y murió en 1896. Ejerció largos años el magisterio y enseñó las primeras letras a niños de cuatro generaciones.

de dos pequeñas escuelas de primeras letras, únicas permitidas entonces a las mujeres. En esa época las escuelas eran muy pobres, a tal extremo que no pasaban del catecismo. Decía doña Manuela Rodríguez “que las madres no querían que sus hijas aprendieran para que no les mandaran papeles a los mozos”; pero el padre de Salomé, como hombre de letras, avivó en ella la llama de su espíritu y le dio la mejor educación literaria que se podía alcanzar en aquellos años.

Su amor al estudio hizo que muy pronto se distinguiera de sus compañeras de la infancia. Siempre fué lectora apasionada. Como todas las niñas de entonces, sus primeras lecturas debió de hacerlas en el *Catón Cristiano*. Después leyó una traducción en prosa de la *Jerusalem Libertada*, del Tasso, y el *Numa Pompilio*, de Florian: de ambas obras se sabía capítulos enteros de memoria. En este último libro se encariñó con uno de sus personajes, Camila, nombre que más tarde daría a su última hija.

Sus lecturas y sus estudios de la adolescencia los hizo bajo la dirección de su padre, de quien recibió lecciones de literatura, aritmética y botánica, por la cual sentía ella gran pasión. Con su padre aprendió, además, a declamar los versos de sus poetas predilectos. Salomé “tenía una memoria extraordinaria”, dicen quienes la conocieron. La cantidad de poesías que sabía de memoria y solía repetir entre sus íntimos, lo mismo que su hermana Ramona, era incalculable. Leyó mucho el *Parnaso* de Sedano y en general sus lecturas eran de clásicos españoles. Además, conoció bien la literatura francesa en su propia lengua, que ella y su hermana Ramona comenzaron a aprender con Alejandro Román, aficionado a las letras. Luego ambas hermanas continuaron solas el estudio del francés, hasta dominarlo. Salomé aprendió más tarde bastante inglés- La literatura inglesa le gustaba mucho. Tenía *sense of humour* a la inglesa y a veces hacía frases humorísticas de sabor inglés, como la que le dijo a su esposo en ocasión en que estaba muy empeñado en ordenar su biblioteca, que él mismo desordenaba continuamente: “no te empeñes en desarreglar el caos”.

VOCACIÓN POÉTICA.

Cuando era muy niña se complacía viendo pasar por la puerta de su casa a dos poetisas de aquel entonces, Josefa Antonia Perdomo y Josefa Antonia del Monte, y llena de admiración exclamaba: *¡éssas hacen versos!* Nació poeta, “no fué que se hizo poeta como hay otros a fuerza de manosear ajenas poesías y de hojear los manuales de retórica”. Heredaba la vocación: fué hija de uno de los buenos poetas dominicanos de su tiempo.

Desde muy temprano comenzó a cultivar su talento poético. A los quince años escribió versos; a los diez y siete los publicó por primera vez, calzados con el seudónimo de *Herminia*, que llegó a ser muy conocido, al extremo de que en varias ocasiones en que conquistaba algún triunfo literario se designaban comisiones para presentarle parabienes.⁶

En 1874 otra *Herminia* aparece firmando un artículo en prosa en el periódico *El Centinela*. En este artículo, escrito probablemente en Europa, se hablaba de invierno, de estufas y de pieles⁷. Desde

⁶ Como el padre de Salomé, don Nicolás Ureña de Mendoza, gozaba de fama como poeta, esto dio origen a que muchos negasen a la joven poetisa el derecho de autora de sus primeros versos. Pero, a la muerte de éste, todos quedaron convencidos de que la hija era mejor poeta que el padre. Una de sus primeras poesías publicadas fué *Un himno y una lágrima, a la prematura muerte del joven poeta Lorenzo Puente Acosti*, escrita el 5 de octubre de 1870. Apareció, con el seudónimo de *Herminia*, en el *Boletín Oficial de Santo Domingo*, n' 37, del 8 de octubre de 1870. Al pie de la poesía se lee esta nota, de la dirección del periódico: “Obedecemos a dos sentimientos diferentes publicando la siguiente composición: El primero, de compasión hacia el joven desgraciado que la motiva; el segundo, de nacional orgullo al ver los primeros lúcidos destellos de una compatriota nuestra que en el albor de su ju ventud sabe emprender tan rápido majestuoso vuelo hacia las regiones de la bella poesía en alas del entusiasmo y del sentimiento, las solas fuentes vividas y puras en que se forman los hijos de Apolo”.

⁷ El citado artículo, *Los dos calendarios*, apareció en *El Centinela*, Santo Domingo, n. 3, del 12 de febrero de 1874. En la edición siguiente, del 19

entonces Salomé firma sus versos con su nombre y *alcanza*, elogios como el de Marcelino Menéndez y Pelayo, quien escribió que “para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar a José Joaquín Pérez y a Salomé Ureña”, agregando que “la egregia poetisa. . . sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana y de Gallego, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente *la llegada del invierno* o para vaticinar sobre la cuna de su hijo primogénito”.

Las poesías de Salomé Ureña se publicaban generalmente en periódicos de Santo Domingo, y en ocasiones aparecían en periódicos extranjeros. Era tal el entusiasmo que despertaban, que los jóvenes de la sociedad *Amigos del País* se las aprendían de memoria y hasta las escribían en las paredes.

La antología *Lira de Quisqueya* recoge diez composiciones suyas. En 1880 se publicó un volumen de sus poesías, patrocinada su publicación por la sociedad *Amigos del País*. Este libro contiene treinta y tres composiciones y el poema *Anacaona*. Tiene un prólogo de Monseñor Fernando Arturo de Meriño y una biografía firmada por la citada sociedad y escrita por José Lamarche. En 1920 se hizo una segunda edición de sus versos. Tiene prólogo, sin firma, escrito por su hijo Pedro Henríquez Ureña. En esta edición se han omitido el poema *Anacaona* y nueve composiciones de las que figuran en la edición de 1880.⁸

de febrero, apareció este suelto aclaratorio: “El artículo intitulado *Los los calendarios*, que publicamos en el número 3 de *El Centinela*, firmado *Herminia*, no pertenece a la brillante pluma de nuestra inspirada poetisa, que —como todos sabemos— oculta modestamente su nombre bajo ese seudónimo. Por un olvido no pusimos al pie de dicho artículo la nota debida, pero nos apresuramos a hacer esta declaración, porque conocemos la acendrada modestia de nuestra célebre cantora. Diremos de paso que en lo adelante nos favorecerá con sus brillantes composiciones, que son una de las más bellas joyas de nuestra pobre literatura”.

⁸ *Poesías...* coleccionadas por la Sociedad Literaria Amigos del País y publicadas por la misma con la cooperación de varios municipios,

PATRIOTISMO.

Desde muy niña, Salomé Ureña alojó en su corazón la vehemente aspiración de Patria: había heredado de su abuelo y de su padre el sentimiento del patriotismo. Sus primeros años discurrieron en una época alternativa de paz y de guerra. Su infantil espíritu tropieza con la terrible anexión a la antigua metrópoli. El espectáculo de la guerra nacionalista contra España, y luego las guerras civiles, acrecientan su amor a la patria y hacen de Salomé la *poetisa patriota*. Ella es la primera que canta, por encima de todos los poetas de su época, el progreso y la civilización. Según expresión de César Nicolás Penson, “fué poetisa vaticinadora en cuyos épicos cantos predominaba siempre la nota patriótica con los encendidos y vehementes anhelos y alientos de titán. Vidente como los grandes vates de las revoluciones del espíritu, Olmedo, Heredia y Quintana, recogió la herencia de sus estrofas altivas y apasionadas, y sorprendió a la América y al mundo...”

En sus poesías no predomina el elemento puramente literario, sino lo que contribuye a dar mayor grandeza a su patria. Hostos, al hablar de ella, dice: “Cantó todo lo que sentía la sociedad de que formaba parte; y lo cantó con tal fuerza, con tal unción, que parece en sus versos la sacerdotisa del verdadero patriotismo”; y agrega: “indudablemente, lo más grande que hay en la poetisa dominicana es la *fibra patriótica*”.

Sonó con el bien de su patria y dedicó sus versos a inclinarla hacia la paz y el progreso. Esta preocupación patriótica llegó a sobreponerse a toda otra idea: sólo le animaba el deseo de hacer

sociedades e individuos particulares. Santo Domingo. Imprenta de García Hermanos, 1880. XV + 214 páginas.

Poesías. Madrid, 1920. XIV + 142 páginas. Edición preparada por el Dr. Pedro Henríquez Ureña, autor de la Introducción y de las notas. Comprende cuarenta y seis composiciones.

Además, de Salomé Ureña se conservan algunas poesías inéditas o no incluidas en las citadas obras. Sus escritos en prosa son bastante escasos: apenas algunos discursos y cartas.

llegar su prédica a todos sus compatriotas. En una de sus primeras composiciones dice:

*¡Oh Patria, voz divina, sublime y dulce nombre
a cuyo acento el alma palpita de emoción. . .!*

Ya para esa época llamaban la atención en Santo Domingo y en otros países de la América sus composiciones patrióticas. La nota del progreso y su amor a la patria es el tema de sus principales poesías desde 1873 hasta 1880: *La gloria del progreso, A los dominicanos, A la patria, 27 de febrero, Ruinas, La llegada del invierno, La fe en el porvenir, En la muerte de Espaillat, A Quisqueya, A mi patria, El cantar de mis cantares, Sueños, Luz.*

Su fama alcanza tal altura, que en el año 1878 se le hace una apoteosis y se le entrega una medalla costeadada por suscripción pública; y su consagración como la figura más alta del Parnaso dominicano queda en nuestros anales cívicos y literarios como una de las más bellas fiestas del espíritu.⁹ En el discurso en que agradeció este homenaje dijo que sería “motivo para envanecerme si no fuera porque a mi carácter franco y despreocupado se aviene mal lo que se llama orgullo”.

Las poesías íntimas de Salomé Ureña están impregnadas de melancolía. Toda su tristeza proviene, no sólo de su temperamento, sino principalmente del caos en que vivió su patria. Siempre torturada por el pasado y el presente de la República, clama en su poesía *A la Patria*:

*Tú sabes cuántas veces con tu dolor aciago
lloré tu desventura, lloré su destrucción,
asi cual de sus muros la ruina y el estrago
lloaron otro tiempo las hijas de Sión.*

⁹ Fueron muchos y frecuentes los tributos de admiración y simpatía que mereció en vida Salomé Ureña, sin que por nada se quebrantase su modestia. Fué socia de mérito y honor de las sociedades *Amigos del País*, de Santo Domingo, y *Fe en el Porvenir*, de Puerto Plata; y de casi todas las asociaciones benéficas, literarias o artísticas de la República. Fué, también, miembro honorario del *Liceo de Puerto Príncipe*, de Cuba, y de la sociedad literaria *Alegria*, de Coro, Venezuela.

*Y sabes que "cual ellas colgué de tus palmares
el arpa con que quise tus hechos discantar,
porque al mirar sin tregua correr tu sangre a mares
no pude ni un acorde sonido preluviar.*

Son muchas las poesías de Salomé Ureña que pueden tomarse como ejemplo de ese fervor patriótico que tuvo tan honda influencia en el gran poeta Gastón Deligne, en cuyos versos dedicados a la poetisa muerta hacía esta afirmación y este elogio:

*Ella, al menos, mantuvo con su aliento
de una generación los ojos fijos
en el grande ideal. Aún llena el viento
la seductora magia de su acento,
y aún hablará a los hijos de los hijos. . .*

En 1881 comienza a sufrir nuevamente por las desgracias de su patria. Recientes perturbaciones políticas hacen que sus esperanzas patrióticas reciban grandes decepciones. El fracaso moral del gobierno de Meriño le ocasionó profundo desconsuelo. La poetisa escribe *Sombras*, y desde entonces en muy raras ocasiones escribe versos. Pero *Sombras* no es un vano alarde poético. La decepción política es estímulo para la creación de un plantel educativo que contribuya a cambiar la sombría faz del país: el *Instituto de Señoritas*.¹⁰

Sombras es un adolorido grito de patriótica angustia:

*Alzad del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,
que me cercan doquier sombras de muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.*

Venid, que el alma siente

¹⁰ La poesía *Sombras* fué plagiada en Honduras. Véase al respecto el periódico *El Teléfono*, de Santo Domingo, n. 181, año 1886.

*morir la fe que al porvenir aguarda;
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz al desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.*

*¿No veis? Allá a lo lejos
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos
del espléndido sol de la esperanza.
Mirad cuál fugitivas
las ilusiones van, del alma orgullo;
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
ni a recibirlas, con piadoso arrullo,
sus pórticos de luz entreabre el cielo.*

*¿Cuál será su destino?
Proscritas, desoladas, sin encanto,
en el vértigo van del torbellino,
y al divisarlas, con pavor y espanto
sobre mi pecho la cabeza inclino.*

*Se estremece el alcázar opulento
de bien, de gloria, de grandeza suma,
que fabrica tenaz el pensamiento:
¡bajo el peso se rinde que le abruma!
Conmuévase entre asombros,
de la suerte a los ímpetus terribles,
y se apresta a llorar en sus escombros
el ángel de los sueños imposibles.*

*Venid, genios, venid, y al blando halago
de vuestros himnos de inmortal tristeza,*

*para olvidar el porvenir aciago
se aduerma fatigada mi cabeza. Del arpa abandonada
al viento dad la gemebunda nota,
mientras que ruge la tormenta airada,
y el infortunio azota
la ilusión por el bien acariciada,
y huye la luz de inspiración fecunda,
y la noche del alma me circunda.*

*Mas ¡ah! venid en tanto
y adormeced el pensamiento mío
al sonoro compás de vuestro canto.
¡Meced con vuestro arrullo el alma sola!
Dejad que pase el huracán bravío,
y que pasen del negro desencanto
las horas en empuje turbulento,
como pasa la ola,
como pasa la ráfaga del viento.*

*Dejad que pase, y luego
a la vida volvedme, a la esperanza,
al entusiasmo en fuego:
que es grato, tras la cruda
borrasca de la duda,
despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.*

Es curioso y sorprendente el caso de que una poetisa del estro de Salomé Ureña pudiera abandonar su lira por tan largo tiempo. Este silencio puede interpretarse como una protesta de su patriotismo. Esa tácita renuncia a los triunfos poéticos engrandece aún más a esta mujer de fuerte espíritu, “apasionada de la patria, enamorada de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero y de lo justo”,

que prefirió sacrificar los laureles de la poesía antes que volver a inspirarse en las crecientes desventuras de su patria.

Ya lo dijo en versos dedicados a Billini:

*Que si mi pobre lira
calla ante el vicio y la maldad del hombre,
siempre lo grande admira. . .*

*Ella esperaba, para tomar el “arpa abandonada”,
despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.*

SALOMÉ EN EL HOGAR.

Desde el año 1860 hasta 1880, Salomé Ureña vivió siempre con su madre y con su hermana Ramona, y además con Teresa de León, su abuela, y Ana Díaz León, en la casa número 56 de la calle 19 de Marzo. Su educación doméstica la recibió de su madre y de su tía Ana (Nana), que ejerció el magisterio de primeras letras durante sesenta años y no se casó nunca: tuvo un carácter áspero y bondadoso al mismo tiempo. Sus sufrimientos los sobrellevó “con resignación, pero sin paciencia”. De esta tú y de doña Gregoria, ambas austeras y laboriosas, recibió Salomé un ejemplo edificante. Ramona y Salomé se formaron en una atmósfera de fe cristiana, y asistían a la iglesia con su madre todas las mañanas, durante su primera juventud. Luego las obligaciones del hogar no les permitieron ir a misa sino los domingos. La iglesia del antiguo Convento Dominicano era la que acostumbraban visitar. Allí vio a Salomé, por primera vez, Francisco Henríquez y Carvajal, quien, atraído por la fama de la poetisa, acompañado de un amigo, se dirigió al templo en interés de conocerla. El amigo le señaló a las dos Hermanas, pero no supo decirle cuál de ellas era la excelsa poetisa.

Desde la infancia, Salomé fué muy emotiva. Se le veía llorar sin motivo aparente. Esta disposición del ánimo perduró en ella toda la vida. Era noble de sentimientos y “su modestia fué tan grande como su mérito”. Fué mujer de su casa. Soltera, pocas veces traspasaba los linderos de su hogar. No salió nunca del país, como ella misma lo dice:

Así, aunque de otras playas jamás me vi en la arena ni de otros horizontes las líneas contemplé. . .

Sin embargo, a su hogar acudían altas mentalidades nacionales y extranjeras que rendían tributo de admiración a la ya esclarecida poetisa quisqueyana. Así, el distinguido poeta venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde, autor de la sentida poesía *Vuelta a la patria*, de paso por nuestra Ciudad Primada fué a rendir su homenaje de simpatía y de admiración a Salomé; departieron amigablemente y él le recitó lleno de emoción, húmedos los ojos por las lágrimas, la poesía en la cual describe, con intenso dolor, su triste regreso al terruño, ya sin hogar por la muerte de sus padres.

Años más tarde, Salomé Ureña leía conmovida esa poesía a sus discípulas amadas y les decía: “Quisiera que la hubierais oído recitada por sus labios...”

Era afectuosa con todos sus familiares; sentía gran entusiasmo por su padre, a quien quería entrañablemente; entusiasmo que la muerte no disminuyó:

Hoy, al entrar en tu mansión doliente, donde reina silencio sepulcral, nadie a posar vendrá sobre mi frente el beso del cariño paternal.

Ninguna voz halagará mi acento., ni un eco grato halagará mi oído: sólo memorias de tenaz tormento tendré a la vista de tu hogar querido.

A pesar de que su hogar fué enturbiado con la separación de sus padres, cuando ella apenas tenía dos años de nacida, en su corazón estuvieron siempre unidos. Vivió junto a su madre, pero diariamente visitaba la casa del poeta, a cuya muerte escribió una

composición titulada *A mi padre*, donde deja ver la profunda admiración y la ternura de su cariño por su progenitor.

Salomé Ureña tenía especial predilección por un rosal de la variedad que en nuestro país recibe el nombre popular de magnolia; lo había cultivado su padre en la casa solariega y le sobrevivió por muchos años. En su hogar y en su escuela mostraba hermosos ramos de esas blancas magnolias, bellísimas y de delicado perfume. Aspiraba dulcemente la esencia de esas rosas y sus ojos se humedecían cuando llena de emoción refería a sus discípulas la historia de ese rosal querido, tan íntimamente ligado al bendito recuerdo de su padre.

En 1880 contrajo matrimonio con Francisco Henríquez y Carvajal, que andando el tiempo sería Presidente de la República (1916). El 3 de diciembre de 1882, como para bendecir su hogarescuela, y para que Salomé pudiera ostentar la sublime trinidad de poetisa, educadora y madre, nació el anhelado primogénito:

*Las cielos se inclinaron,
y descendió al hogar, entre armonías,
el ángel que mis sueños suspiraron
nuncio de bendiciones y alegrías. . .*

Salomé no descuidó sus deberes de madre por los del magisterio. Sus discípulas recuerdan que la cuna del primogénito siempre estuvo cerca de la madre; en una de sus pocas poesías inéditas dice:

*Allí duerme feliz, y no distante
yo de un libro las páginas hojeo;
levanto la cabeza a cada instante,
le contemplo dormir, y al fin no leo.*

La inscripción del *Instituto*, el plantel de enseñanza que fundó en 1881, era cada día más numerosa y resultaba estrecho aquel local. Familia y escuela se instalaron entonces en la calle de la Esperanza (hoy Luperón), esquina a Duarte. Ahí nacieron sus hijos Pedro y Maximiliano.

En 1884 nace Pedro Nicolás Federico, su segundo hijo. A los cinco meses de nacido le sobreviene mortal enfermedad. Una de las discípulas predilectas de Salomé, Mercedes Laura Aguiar, recuerda la terrible y conmovedora escena: el niño en brazos de Monseñor Meriño para recibir las aguas del bautismo; la madre de rodillas en el suelo rogando a Dios que le salvara su hijo; los demás, todos en silencio. Llega el Dr. Juan Francisco Alfonso y tomando al niño en sus brazos dice: “Monseñor, unos minutos a la ciencia”. Después de algunas horas de terrible ansiedad, la fiebre cede y el niño se salva.

En *Horas de angustia* la madre pinta maravillosamente este cuadro:

*Sin brillo la mirada,
bañado el rostro en palidez de muerte,
casi extinta la vida, casi inerte
te miró con pavor el alma mía
cuando a otros brazos entregué aterrada
tu cuerpo que la fiebre consumía. . .*

En 1887 escribe su poesía *¿Qué es Patria?*, inspirada en una pregunta que le hizo su hijo Pedro, quien sólo contaba tres años, al oír el himno nacional: *Mamá, ¿qué es Patria?* Y ella responde;

*¿Qué es Patria? ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esta voz. . .*

La poetisa se complacía en leerles a sus mejores discípulas las composiciones que escribía. Una mañana las reunió y llena de emoción, con voz abogada por el llanto, les leyó *Tristezas*, poesía escrita la noche anterior, inspirada en las palabras del *dulce primogénito*, cuando ya en la cama, después de terminar sus oraciones, recordando al padre ausente exclamó:

*¿Tú no te acuerdas, mamá?
¡El sol, qué bonito era
cuando estaba aquí papá!*

Cuatro años (1887-1891) duró la ausencia del esposo, que había ido a Francia a perfeccionar sus estudios de medicina. Cuatro años de angustias para la madre educadora. Aquella mujer de ánimo fuerte y de voluntad superior vaciló abatida por la ausencia del esposo ante la terrible idea de perder a uno de sus hijos. Ese estado de espíritu le inspiró su poesía *Angustias*:

*Torna a morir el sol. Así pasando
van de tu ausencia los terribles días,
en mi semblante pálido marcando
la huella de profundas agonías.*

*Torna a morir el sol. El hogar mío
de arpegios infantiles está lleno;
pero rueda del párpado sombrío
una rebelde lágrima a mi seno. . .*

*¿Podré, cuando regreses a mi lado,
rico de porvenir, rico de ciencia,
presentarte el tesoro inmaculado
de este grupo de amor y de inocencia? . . .
¡Acaba, llega! Que el hogar sin calma
es de mis penas íntimas remedo;
que tiemblo por los hijos de mi alma;
que la vida sin ti me causa miedo!*

La terrible enfermedad del crup se desarrolló en esta ciudad en 1888. El suero salvador no se había descubierto aún, y era casi seguro que el niño que fuera atacado por la epidemia mortal sucumbiría. Desgraciadamente, su hijo Pedro contrajo la terrible enfermedad. Otro milagro se realizó al salvarlo de nuevo el Dr. Alfonseca. En esa ocasión no fueron pocas las angustias de la madre ante el niño enfermo. Sentimientos distintos invadían su alma: su amor de madre, la responsabilidad ante el esposo ausente; y, por último, quién sabe si, presintiendo la gloria que este hijo suyo sería para su tierra, consideró un deber de patriotismo arrebatarlo de la muerte para ofrendarlo a su amada patria.

Salomé sentía vivo placer en la educación de sus hijos. A todos les enseñó a querer a su patria.

Ese amor creció con la maternidad y lo infundió en el espíritu de sus hijos. Pedro y Max heredan el intenso amor y las grandes inquietudes que ella sintió por su Quisqueya; y cada día, desde playas extranjeras, llegan a la patria “lejana y triste”, como si fuera el eco del patriotismo de la madre, tributos de amor de tan ilustres hijos.

El 9 de abril de 1894 nació Camila, su única hija. Mientras tanto, ella luchaba con la muerte, atacada de fuerte neumonía. Rebasó la gravedad, pero su salud quedó minada para siempre. Aparentemente restablecida de esa enfermedad, escribió su poesía *Umbra-Resurrexit*:

UMBRA

*La mirada sin luz, la mente ansiosa,
corto el aliento al pecho,
en ruda agitación se va la vida. . .*

*Allá perderse en la penumbra vaga
miro las prendas del hogar benditas,
mis hijos, en su candido abandono,
ajenos al amago*

*de la suerte sobre ellos suspendida,
y a ti, de pie, bajo el dolor inmenso,
nublada por el llanto la pupila.*

RESURREXIT

*Brota la luz, en deslumbrantes ondas,
el aire al pecho afluye,
el espíritu absorto se reanima,
y cunde y se dilata en las arterias
el ritmo palpitante de la vida.
Y bajo el ala candida que extiende*

*sobre el hogar en gozo
ángel nuevo de paz que el cielo brinda,
surgiendo victorioso de las sombras
el cuadro de mi amor esplende al día.*

Durante su quebranto inflexible, el esposo la hizo abandonar la ciudad natal, hacia Puerto Plata (junio de 1896). Al pasar frente a San Pedro de Macorís, el poeta y crítico Rafael Alfredo Deligne la saludó con sus versos *Alondra que viaja*, que comenzaban así:

*No vi su marcha, ni cruzó mi puerta;
mas es su vuelo tal, que el alma mía
se estremeció, despierta a la armonía,
de tanta gloria al esplendor despierta.*

*¡Que el genio, aunque se oculte, y viaje solo,
astro inmortal, o puro ser divino,
deja de luz un rastro peregrino,
más que la aurora con que irradia el polo!...*

Puerto Plata fué para ella delicioso oasis. Al llegar, Antera Mota de Reyes la saludó con una extensa y bella página en prosa, *Bienvenida*. Rodeada de cariños y atenciones y colmada de homenajes de admiración, pasó allí una feliz temporada que alivió su espíritu, pero no detuvo en su carrera la mortal enfermedad. Allí terminó su poesía *Mi Pedro*, que tenía inconclusa desde 1890.¹¹

FEMINEIDAD.

Salomé Ureña fué extremadamente femenina. Hostos, el apóstol antillano, al hablar de ella en una breve biografía dice: “Los

¹¹ La poesía de Deligne se publicó en el *Listín Diario*, Santo Domingo, del 6 de julio de 1896. En *Letras y Ciencias* sé publicó *íntima*, de Leonor María Feltz, en que la ejemplar alumna de Salomé lamentaba no haber podido ir a despedirse de su amada Maestra. Mercedes Laura Aguiar, otra admirable discípula de Salomé, escribió entonces su página *Sursum corda*, inspirada en la poesía *Mi Pedro*, citada, única que escribió Salomé desde su enfermedad: en realidad, sólo agregó las dos estrofas últimas, ya que las cuatro primeras eran de 1890.

tributos poéticos de Salomé Ureña a los afectos, a los seres queridos, al hogar, a su digno esposo y a sus hijos, forman una serie de composiciones extraordinariamente subjetivas, pues todas juntas sugieren la certidumbre de que la poetisa era además una mujer; no hay ninguna de ellas que no sugiera algún sentimiento delicado, alguna recóndita sonrisa de complacencia, algún noble estímulo para la vida, alguna de esas tristezas reconfortantes que sirven de séquito, y a veces de ovación, al mérito moral e intelectual desconocido”.

Como Juan Nicasio Gallego, al estrenarse uno

11

22

de los dramas de la. Avellaneda, *¡Es mucho hombre esa mujer!*, exclama Alejandro Ángulo Guridi en un arranque de entusiasmo al oír la composición de Salomé *A mi patria*, leída por Francisco Henríquez y Carvajal en la velada de la Sociedad Literaria *Amigos del País* en que se le confirió una medalla. Cuando Angulo Guridi exclama: *¡Es muy hombre esa mujer!*, no se refiere a odiosos rezumos varoniles, a manifestaciones de bastarda masculinidad en sus versos, sino a la majestad de su inspiración; hombre también en la grandeza de la acción, pero femenina siempre en su actitud. Nunca fué hombre en la actitud esta mujer, de tan extrema femineidad, que la mantuvo intacta en todo su constante afanar. De no ser así, ella habría sido digna de aplauso en un sentido, pero no en el más sagrado, porque ni aun la gloria más alta vale en la mujer el sacrificio de su femineidad.

EN LA ESCUELA.

Durante los años 1878'y 1879 se dedicó Salomé Ureña a ampliar su cultura científica y literaria. Francisco Henríquez y Carvajal, admirador del talento de la poetisa, cuyo nombre volaba ya en alas de la fama, la ayudó a completar su educación, enseñándole ciencias, de que fué él tan devoto, y contrajo matrimonio con ella, en febrero de 1880, como se ha dicho antes. Todavía se conservan

trabajos que la poetisa redactaba sobre los estudios que iba haciendo, para someterlos a la crítica de su maestro.

En 1879 había llegado a la República Eugenio María de Hostos, a quien se le encomendó la organización de la Escuela Normal de Santo Domingo, en 1880, y de quien fué Francisco Henríquez y Carvajal activo colaborador.

Animada en su idea por el compañero de su vida, fundó el 3 de noviembre de 1881 el Instituto de Señoritas, primer plantel femenino de enseñanza secundaria completa en la República, sin duda la escuela de mujeres más importante que ha habido en el país. Fué inaugurado con sólo catorce alumnas. Su consagración al magisterio fué tan radical que prefirió sus duras glorias a los laureles de la poesía. Ya lo dijo Hostos: “la mujer quisqueyana no ha tenido reformadora más conciencizada de la educación de la mujer”.

El Instituto de Señoritas alcanza rápido triunfo espiritual, y el 17 de abril de 1887 se celebra la investidura de las seis primeras maestras: Leonor María Feltz, Mercedes Laura Aguiar, Luisa Oze-ma Pellerano, Ana Josefa Puello, Altagracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou. En aquella ocasión, en que Hostos pronunció uno de sus más vigorosos discursos, Salomé Ureña rompió su silencio y escribe la historia de sus aspiraciones y de sus esfuerzos en *Mi ofrenda a la Patria*. Como a la noche sigue el día, esta poesía es, en su alma de patriota, como la esplendente continuación de *Sombras*:

*¡Hace ya tanto tiempo! Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita. . .*

*He visto a las pasiones
levantarse en tu daño conjuradas
para abogar tus supremas ambiciones,
tus anhelos de paz y de progreso,
y rendirse tus fuerzas fatigadas
al abrumante peso.*

*¿Por qué, siempre que el ruido
de la humana labor que al mundo asombra,
recorriendo el espacio estremecido,
a sacudir tu indiferencia viene,
oculta mano férrea, entre la sombra,
tus generosos ímpetus detiene?*

*¡Ab, yo quise indagar de tu destino
la causa aterradora!
Te miro en el comienzo del camino,
clavada siempre allí la inmóvil planta,
como si de algo que en llegar demora,
de algo que no adelanta,
la potencia aguardaras impulsora.
¿Quién sabe si tus hijos
esperan una voz de amor y aliento! . .*

*Para ser del hogar lumbrera y guía
formemos la mujer dominicana. . .*

*Hoy te muestro ferviente
las almas que mi afán dirigir pudo:
yo les di de verdad rica simiente
y razón y deber forman su escudo.
En patrio amor sublime
templadas al calor de mis anhelos,
ya sueñan que tu suerte se redime,
ya ven de tu esperanza abrir los cielos. . .*

El Instituto de Señoritas fué por largos años dulce y fecundo hogar para sus discípulas. La Maestra amada era madre y confidente de aquellas niñas “templadas al calor de sus anhelos”.

A ellas pueden aplicárseles los soberanos versos en que Gastón Deligne habla del entusiasmo que producía en jóvenes como él la inspiración patriótica de Salomé:

¡Fué un contagio sublime! Muchedumbre de almas adolescentes la seguía al viaje inaccesible de la cumbre que su palabra ardiente prometía. . .

Y otro de nuestros grandes poetas, José Joaquín Pérez, define así su obra:

*Forma conciencias en el molde austero
de la virtud que en la razón se inspira. . .*

Después de la investidura de las primeras maestras normales, fué Francisco Henríquez y Carvajal a Europa a perfeccionar sus estudios de medicina, como se ha indicado anteriormente. Salomé se quedó al frente del Instituto de Señoritas. Sus discípulas graduadas la ayudaban en la faena.

Dos grupos de maestras invistió, examinadas ante la Escuela Normal, mientras la dirigió el Sr. Hostos: en el segundo, en diciembre de 1888, figuraban Eva Pellerano, Mercedes Echenique Peláez, Encarnación Suazo, Altagracia Peguero Acevedo, Carmen Julia Henríquez Perdomo y Altagracia Henríquez Bello. Pero cuando el Dr. Henríquez regresó de Europa, el 6 de julio de 1891, encontró tan desmejorada la salud de su esposa y tan agotadas sus fuerzas, que poco tiempo después la convenció de que necesitaba descansar. En diciembre de 1893 se clausuró el memorable Instituto de Señoritas. Su historia se recuerda con cariño: fué la fragua en que se forjaron las maestras más ilustres que ha tenido la República. La mayoría de las maestras dominicanas de hoy fueron discípulas de aquellas que se formaron a la sombra de Salomé Ureña. El Instituto permaneció cerrado hasta enero de 1896, en que se abrió de nuevo. La reapertura se debió a las hermanas Luisa Ozema y Eva Pellerano Castro. Después de muerta la poetisa, sus discípulas le dieron al Instituto el nombre de *Salomé Ureña* (1897).

LA MUERTE.

La vida de Salomé Ureña de Henríquez se resume en dos hechos esenciales: soñó con el bien de su patria y dedicó sus versos a encaminarla hacia la paz y el progreso; después creyó que eso no bastaba, y se dedicó a la educación de la mujer. Hay dos momentos culminantes en su vida: el día en que se le entrega una medalla costada por suscripción pública, como homenaje a la

cantora del ideal de una patria mejor; el día en que se gradúan sus primeras discípulas, prenda de algo que ayudaría a hacer mejor el destino de la patria. Su vida es corta; cuando va a gozar del necesario descanso, enferma para morir; y este final inesperado conmueve a toda la República.

El angustioso proceso de su muerte se inició en enero de 1897. El día 2 regresó de Puerto Plata a Santo Domingo. El día 8 se sintió decaer, y a los quince días se agravaba: asistíanla los doctores Ramón Báez, Salvador B. Gautier y el viejo maestro Alfonseca. El esposo ausente llegó de Haití el 7 de febrero. Se redoblaron los esfuerzos de la ciencia y del cariño hasta lograr apartarla por unos días de la tumba.

En ese momento de pasajera reacción, las amorosas almas que rodeaban a la enferma le recreaban el espíritu con la lectura de algunas poesías: *Sport*, de Vicente Acosta; *Brindis áureo*, de Chocano; *Síntesis*, de Andrés Mata; *Ars nova scribendi*, de Gastón Deligne; *Hicayagua*, de José Joaquín Pérez; *Preludio*, de Federico Balart; *Notas para un álbum*, de Eulogio Horta. La *mañana*, de Espronceda, tenía para la poetisa singular atractivo y fué una de las últimas poesías que pudo oír y celebrar una vez más.

Herida por un mal cada día más creciente, su vida fué apagándose poco a poco. Ella, mientras tanto, se despedía con frases edificantísimas, del esposo, de los hijos, de la familia toda, de sus discípulas predilectas, de los corazones atribulados que la rodeaban ansiosamente como a una flor que estaba a punto de deshojarse.

Murió rodeada del cariño de todos el día 6 de marzo de 1897. Su entierro fué una manifestación en que “por primera vez desfilaron las mujeres dominicanas en un acto civil”. Le dieron sepultura en la iglesia de las Mercedes, donde había oficiado Tirso de Molina. “Ante su tumba —dijo Arturo Pellerano Alfau— el corazón se llena de congojas y la palabra se anuda en la garganta” y agrega: “Para su cuerpo es bastante ese lecho de tierra donde va a dormir el sueño eterno, pero para su gloria son ya pequeños los ámbitos de América”. “Mujer de la Biblia”, la llamó César Nicolás Penson.

Y el grande amigo de la poetisa, el poeta José Joaquín Pérez, recitó conmovido sus más dolientes versos ante la tumba de la excelsa cantora:

Cuanto en su lira enalteció se inclina; cuanto su alma adoró con fe la llora; apagado está el sol y nada brilla; todo se desvanece y descolora. . .

De ella dijo entonces el ilustre autor de *Enriquillo*, Manuel de Jesús Galván: “el cuerpo yace inerte; será polvo mañana; pero ella, el espíritu que vibraba en las cuerdas de su armoniosa lira, que palpita a la sentida inspiración de los santos amores, que se exhala en ritmos de ternura, aspirando a la imposible realización, en este mundo de sus ensueños de virtud y de bien, ése no muere nunca. Ese espíritu, que animó a la ilustre poetisa dominicana, está hoy más vivo que ayer, y reposa complacido en el seno de la inmortalidad”.

Los periódicos de aquella época están llenos de artículos, versos y discursos, dedicados a la muerte de Salomé Ureña. Hostos, en una emocionante carta que dirigió desde Chile a don Federico Henríquez y Carvajal, le decía: “¡Hay que llorarla! Son muchos los que estaban interesados en su vida: la patria, que no tuvo corazón más devoto; su discipulado, que no tuvo mejor luz; la mujer quisqueyana, que no ha tenido reformadora más concienzuda de la educación de la mujer; su familia, que no tenía mejor ambiente que el de aquellas virtudes morales y sociales tan sencillas; sus coetáneos, que no pudieron tener centro mejor en donde confluieran tantas admiraciones motivadas como en aquel cuerpo débil y alma fuerte, que era a la vez una sacerdotisa en el aula, una pitonisa en el arte, un mentor en el hogar”.

Ninguna muerte ha producido en la República sentimientos tan hondos. La muerte de Salomé Ureña fué duelo para todos los dominicanos. La lloraron de tal modo que le hicieron decir a Hostos, su ferviente admirador, estas palabras memorables: *casi se puede haber soportado la vida, con tal de morir entre corazones tan amigos.*

BIBLIOGRAFÍA¹²

AGUIAR, MERCEDES LAURA: *Rasgos de la vida de Luisa Ozema Vellerano de Henríquez*. Ciudad Trujillo, 1940.

BAZIL, OSVALDO: *Parnaso dominicano*. Barcelona, 1915; *Parnaso antillano*. Barcelona, 1916.

CASTELLANOS, JOSÉ: *Lira de Quisqueya*. Santo Domingo, 1874. Recoge diez poesías de Salomé Ureña precedidas de una breve biografía.

COCCHIA, Rocco: *Cristóforo Colombo e le sue ceneri*. Chieti, 1892, pág. 243. Dice: “Due anni fa gli americanisti convennero nuovamente a Parigi, e San Domingo vi mandó per la prima volta un suo rappresentante in persona del sig. Francesco Henríquez Carvajal, a me ben noto per abilitá e talento. (Egli é sposo di una vera poetessa, delle piü robuste di America, Salomé Ureña.)”

COESTER, ALFRED: *Historia literaria de la América Española*. Madrid, 1929, págs. 493-494.

Coiscou, MÁXIMO: *Notas sobre Salomé Ureña*. En la revista “La Primada de América”, de Santo Domingo, 15 dic. 1917.

CONTÍN AYBAR, PEDRO RENÉ: *Antología poética dominicana*. Santiago de los Caballeros, 1943. Recoge, precedidas de una apreciación críticas, tres poesías de Salomé Ureña: *La llegada del invierno, Ruinas y Mi ofrenda a la Patria*. DARÍO, RUBÉN: *Letras*. París, 1911.

DESCHAMPS, ENRIQUE: *Duelo*. Necrología. En el “Listín Diario” Santo Domingo, 8 marzo 1897.

DELIGNE, RAFAEL ALFREDO: *Salomé Ureña*. En “El Cable”, de San Pedro de Macorís, 1893.

“El Cable”, de San Pedro de Macorís, 31 de mayo de 1897. Edición extraordinaria. Contiene trabajos, verso y prosa, de Luis

¹² En esta reseña bibliográfica no se agota la materia: es sólo una guía para el conocimiento de Salomé Ureña.

Arturo Bermúdez, Gastón Fernando Deligne, Rafael Alfredo Deligne, F. E. Richiez, Aminta Castillo Martínez, Moisés de Soto, Octavio A. Acevedo, Manuel Leopoldo Richiez, E. Gómez Alfau, Matilde Richiez, Ana Teresa Acevedo, Dolores Fuentes, Pedro A. Pérez, Clara Lux Núñez, Mercedes Soto, Isolina de Soto, Ana García Guerrero, Francisco A. Valdés, Armando Brea, Mercedes Luisa Bermúdez, Enrique J. Richiez, Isolina Zayas Bazán, Serafín Travieso y Cohén, Lucrecia de Zayas Bazán, Antonia María Brea, Manuela Bonilla de Leyba, Severita A. Morel Bobadi-Ha, Emilio Morel, Altagracia Castillo de Vilomar, A. Read de Morales, Hena de la Rocha, María Luisa H. de Castillo, María C. Brea, Alfredo Pellerano, A. Montano, F. Richiez Ducoudray, María M. Soto, Josefa A. Soto, Eliardo Scotto, Enerolisa Vilomar, Francisca Vallejo de García, J. R. Monzón, Rafael Santoni, Matilde Núñez, C. Lince, M. A. Miranda, María Mercedes de Soto, Julio de Soto, Eva Rodríguez, Julia Pichardo, A. M. Bobadilla, Octavio Giraudy, F. Castillo, E. Vargas hijo, Jaime A. Sasso, J. B. Montolío Germán.

“El Estudio”, de Santo Domingo, 1878-1879. Escritos con ocasión de la medalla ofrecida a Salomé Ureña, escritos por Federico y Francisco Henríquez y Carvajal, José Dubeau, Pablo Pumarol, Juan Isidro Ortea, etc.

Instituto de Señoritas: Investidura de las primeras Maestras Normales de la República. Santo Domingo, Imp. Quisqueya, 1887, 76 páginas. Las graduadas fueron: Leonor María Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Mercedes Laura Aguiar, Ana Josefa Puello, Catalina Pou y Altagracia Henríquez Perdomo, discípulas de Salomé Ureña de Henríquez. Contiene: Tesis y discursos de las graduadas; discursos de Hostos, Juan Tomás Mejía, Eugenio de Marchena, J. Arismendi Robiou, Lucas Gibbes, Pedro Barón Coiscou; poesías de Salomé Ureña de Henríquez, Emilio Prud'homme, César Nicolás Penson, Arturo B. Pellerano Castro y Federico Henríquez y Carvajal; documentos diversos.

GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO: *Les démocraties latines de l'Amérique*. París, 1912.

GARCÍA GODOY, FEDERICO: *Recuerdos y opiniones*. Santiago, 1888. GARCÍA GODOY, FEDERICO: *La literatura dominicana*. En “*Revue Hispanique*”, 1916.

HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, FEDERICO: *Salomé Ureña, eminente poetisa dominicana*. En “*El Estudio*”, de Santo Domingo, 1879. HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: *Cuadernos de poesías dominicanas*.

Manuscritos. En el Museo Nacional, Ciudad Trujillo.

HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: *Cien de las mejores poesías castellanas*. Buenos Aires, 1939.

HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: En el capítulo *Santo Domingo*, en Prampolini, *Historia universal de la literatura*, edición española, vol. XII, Buenos Aires, 1941.

HEREDIA, NICOLÁS: *Salomé Ureña*. En “*El Nacional*”, de Santo Domingo, 1 de abril de 1876.

HOSTOS, EUGENIO MARÍA. Véase: RODRÍGUEZ DEMORIZI, *Hostos en Santo Domingo*.

La Escuela Normal y el Instituto de Señoritas. Santo Domingo, 1933. Contiene una poesía y dos discursos de Salomé Ureña, y trabajos de Hostos, Francisco Henríquez y Carvajal, Mercedes Laura Aguiar, Pedro Henríquez Ureña y Leonor María Feltz. “*Letras y Ciencias*”, Santo Domingo, 1897. Ediciones consagradas a la memoria de Salomé Ureña, total o parcialmente. Trabajos en prosa y verso de José Joaquín Pérez, Manuel de Jesús Galván, Manuel de Jesús de Peña y Reynoso, Rafael Abreu Licairac, Francisco Henríquez y Carvajal, Gastón Fernando Deligne, Félix María del Monte, Augusto Franco Bidó, Bartolomé Olegario Pérez, Mercedes Mota, Federico García Godoy, José E. Otero Nolasco, Rafael Alfredo Deligne, Julián de la Rocha, Emilio Prud’homme, Ana Josefa Puello, Arturo B. Pellerano Castro, Juan Elías Moscoso, Wenceslao Figuereo, César Nicolás Penson, Carlos T. Irwin, Josefa Andrade Berti, Mercedes M. Moscoso, Mercedes Laura Aguiar, Miguel Ángel Garrido, Luis Arturo Bermúdez, Virginia Ortea, Félix María Nolasco hijo, Francisco de

la Fuente Ruiz, José Dubeau, E. M. Hostos, Francisco Javier Machado, Estela Mangual, David M. Chumaceiro.

“Listín Diario”, de Santo Domingo, 8 de marzo 1897. Edición dedicada a Salomé Ureña. Trabajos, prosa y verso de Manuel de Jesús Galván, José Joaquín Pérez, Rafael Abreu Licairac, Eulogio Horta, Manuel de Jesús de Peña y Reynoso, Francisco Henríquez y Carvajal y Enrique Deschamps.

MENÉNDEZ Y PE LA YO, MARCELINO: *Historia de la poesía hispanoamericana*. Madrid, 1911, vol. I, pág. 310.

LUGO, AMÉRICO: *Bibliografía*. Santo Domingo, 1906.

LUGO, AMÉRICO: Prólogo de la novela *Pinares adentro*, de PEDRO MARÍA ARCHAMBAULT. Barcelona, 1929.

MACHADO, FRANCISCO JAVIER: *Salomé Ureña*. En “El Lápiz”, de Santo Domingo, números 6 y sig., 1891.

MEJÍA, ABIGAÍL: *Historia de la literatura dominicana*. Ciudad Trujillo-110, 1939.

OLMO, VICENTE DE: *Salomé Ureña*. En “La Opinión”, Ciudad Trujillo, 4 de octubre de 1940.

PENSON, CÉSAR NICOLAS: *Coronación de la eminente poetisa dominicana Salomé Ureña*. 7.1 de diciembre de 1878. En recortes de periódicos de Pensón, pág. 152. Biblioteca de Emilio Rodríguez Demorizi, en Ciudad Trujillo.

PENSON, CÉSAR NICOLÁS: *Resultado trascendental del acto de investidura de las primeras maestras normalistas*. En “Boletín del Comercio”, de Santo Domingo, núm. 79, 1887.

PENSON, CESAR NICOLÁS: *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*. Santo Domingo, 1892.

PEÑA T REINOSO, MANUEL DE JESÚS DE: *Crítica de la “Lira de Quisqueya”*. En el periódico “El Eco del Yaque”, de Santiago, 1874.

PÉREZ, FEDERICO BENIGNO: *Semblanzas dominicanas*. Santo Domingo, 1893.

PRUD'HOMME, EMILIO: *Panegírico de Salomé Ureña*. En la revista "Ciencias, Artes y Letras", de Santo Domingo, 30 de mayo de 1897.

RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO: *Hostos en Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, vol. I, 1939, págs. 27 y 213; vol. II, 1942, págs. XXXII, XLIV, XLVIII, LII, LXI, LXVI, 39, 47, 83, 185, 192, 216, 225, 269, 272, 297.

RODRÍGUEZ DE TIÓ, LOLA: *El libro de Salomé Ureña*. En "El Eco de la Opinión", de Santo Domingo, núm. 76, 5 de nov. de 1880.

ROMÁN, ALEJANDRO: *A Salomé Ureña*. Poesía. En el periódico "La Opinión", de Santo Domingo, núm. 43, 19 de marzo de 1875.

SÁNCHEZ, RAFAEL AUGUSTO: *Salomé Ureña de Henríquez*. En "Analectas", de Santo Domingo, vol. núm. 12, pág. 133, 24 de junio y 16 de septiembre de 1934.

FUNDACIÓN RODRÍGUEZ DEMORIZI

I.— Alessandro Geraldini, Itinerario por las regiones Mbeqinociales, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1977, 244 pp. II.— E. Rodríguez Demorizi, BUw ^ ografía dominicana (en preparación).

IH.— Fr. C. de Utrera, Noticias hiatóiiieaa de Santo Domingo

(Vol. I), Editora Taller, Santo Domingo, 1978, 380 pp. IV.— E. Rodríguez Demorizi, Caricatura y Dibajo en Santo Domingo, Editora Taller, Santo Domingo, 1977, 276 pp. V.— Fr. C. de Utrera, Noticias históricas de Santo Domingo

(VoL II), Editora Taller, Santo Domingo, 1978,394 p. VI.— E. Rodríguez Demorizi, Fábulas dominicanas, dibujos de Ada Balcácer. Segunda Edición. Gráficas M. Pareja, Barcelona, 1978. VII.— E. Rodríguez Demorizi, Martí en Santo Domingo. Segunda edición, Gráficas M. Pareja, Barcelona, 1978, 624 p. VIII.— E. Rodríguez Demorizi, Maceo en Santo Domingo. Segunda edición. Gráficas M. Pareja, Barcelona, 1978, 442 p. XI.— Fr. C. de Utrera. Noticias históricas de Santo Domingo

(VoL III). Editora Taller, Santo Domingo, 1978, 390 p. X— E. Rodríguez Demorizi, El pleito Ovando-Tapia. Comienzos de la vida urbana en América. Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1978, 326 p. XI.— Fr. C. de Utrera, Noticias históricas de Santo Domingo

(VoL IV). Editora Taller, Santo Domingo, 1979. XII.— E. Rodríguez Demorizi, Del romancero dominicano. (Segunda edición). Gráficas M. Pareja, Barcelona, España, 1979, 120 p.

XIII.— E. Rodríguez Demorizi, Mapas y planos de Santo Domingo.

Introducción y adiciones del Lic. Pedro J. Santiago. Editora Taller,

Santo Domingo, 1979. XIV.— E. Rodríguez Demorizi, Seudónimos Dominicanos, Editora

Taller, Santo Domingo, 1982. XV.— Fr. C. de Utrera, Noticias históricas de Santo Domingo,

(VoL V), Editora Taller, Santo Domingo, 1982. XVI.— Fr. C. de Utrera, Noticias históricas de Santo Domingo,

(VoL VI), Editora Taller, 1982.

XVII.— E. Rodríguez Demorizi, Del Vocabulario Dominicano. Editora Taller, C. por A., Santo Domingo, R.D., 1983.

XVIII.— E. Rodríguez Demorizi, La Muerte de Lilis. Versos y Documentos. Editora Taller, C. por A., Santo Domingo, R.D., 1983.

XIX.— Pedro Henríquez Drena, Poesías Juveniles. Editora Taller, C. por A.,

Santo Domingo, R.D. 1984. XX.— Silveria R. de Rodríguez Demorizi, Salomé Ureña de Henríquez. Editora Taller, C. por A., Santo Domingo, R.D. 1984.

Boletín de la Fundación Rodríguez Demorizi.

Vol. I, No. I, 1978, 208 p. — Vol. IV, No. 4, 1981.

Dirección: Fundación Rodríguez Demorizi, Academia Dominicana de la Historia, Calle Mercedes 50, Santo Domingo, R.D.

COLOFÓN

Esta Segunda Edición de 1,000 (un mil) ejemplares, de “SALOME UREÑA DE HENRÍQUEZ”, de Silveria R. de Rodríguez Demorizi, versión facsimilada de la primera que hiciera Imprenta López, de Buenos Aires, Argentina en 1944, bajo el cuidado de Pedro Henríquez Ureña, se terminó de imprimir en EDITORA TALLER, C. por A., Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de marzo de 1984.